

EL LUGAR DE LA TEOLOGÍA EN LA UNIVERSIDAD

Gustavo Sánchez Rojas

Gustavo Sánchez es miembro del Sodalicio de Vida Cristiana desde 1981. Es doctor en Sagrada Teología Dogmática por la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, institución de la que es profesor principal. Es director del Centro de Investigación de la misma Facultad y director encargado de la Revista Teológica Limense. Es también profesor principal de la Universidad Marcelino Champagnat y profesor asociado de la Universidad Católica San Pablo (Arequipa). El año 2014 el papa Francisco lo nombró miembro de la Comisión Teológica Internacional.

RESUMEN

La Universidad nace con un ordenamiento antropológico puntual que da origen a cuatro facultades: medicina, derecho, filosofía y teología. De estas cuatro, la teología era la corona de las ciencias universitarias, pues, a partir del don de la Revelación, el hombre buscaba responder a las preguntas fundamentales de la existencia humana. Sin embargo, actualmente la teología parece no responder a los parámetros de cientificidad contemporáneos. En ese sentido, la Universidad actual intenta dejarla sin lugar. El artículo trata de reflexionar sobre la importancia de la teología en el mundo actual, asunto que responde tanto al origen como al presente y al futuro de la Universidad.

Palabras clave: Teología, Universidad, búsqueda de la verdad, cultura, ciencia.

Las siguientes reflexiones buscan responder a la pregunta por el lugar y el papel que tiene (o que debería tener) la teología dentro de la Universidad. Pero es necesario precisar los alcances y cometidos de nuestro tema. Por “teología” entendemos la disciplina que reflexiona críticamente sobre la Revelación tal como la propone la Iglesia, aceptada y creída por la fe, y que ayuda a comprender, profundizar y vivir más intensamente dicha fe¹. En cuanto reflexión crítica, la teología posee un status auténticamente científico² y por lo mismo encuentra un lugar en el conjunto de todas aquellas disciplinas caracterizadas por un trabajo intelectual riguroso y formal. Por “Universidad” comprendemos, junto con la institución concreta y las personas que la conforman, el conjunto de estudios que allí se realizan al más alto nivel y la experiencia especial de búsqueda de la verdad y producción del saber que la caracteriza. Por tanto, al hablar de “lugar de la teología en la Universidad” queremos indicar el puesto y el cometido de la teología como disciplina científica dentro de los estudios y de la vida académica e intelectual propia de una institución del más alto nivel de estudios, cosa que corresponde propiamente a la Universidad.

Partimos de una situación de hecho: en buen número de universidades (¿quizás la mayoría?) la teología está completamente ausente. No se la enseña ni se la considera como parte de los estudios universitarios, cosa que suscita en primer lugar interrogarse por la causa de tal situación. Pero también motiva una segunda pregunta: ¿Tendría que estar la teología? ¿Por qué? Y en caso de responder afirmativamente, habría que preguntarse, además: ¿Qué aporta o puede aportar la presencia de la teología en el ámbito universitario? Para responder a estas cuestiones parece oportuno acudir a la historia, maestra de la vida, que a través de los sucesos y peripecias que dieron

1 Sobre la definición de la teología pueden verse, entre otros, Olegario González de Cardedal, *El quehacer de la teología. Génesis. Estructura. Misión*, Sígueme, Salamanca 2008; José Morales, *Introducción a la teología*, EUNSA, Pamplona 1994, pp. 32-38; Yves Congar, *La fe y la teología*, 3ª ed., Herder, Barcelona 1981, pp. 172-182. Del mismo Congar es el importante artículo “Théologie” en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, Dir. por A. Vacant y E. Amman, tomo XV, Letouzey et Ané, París 1936, cols. 398-502; Josep M. Rovira Belloso, *Introducción a la teología*, B.A.C., Madrid 1993; Avery Dulles, *El oficio de la teología*, Herder, Barcelona 2001, sobre todo el capítulo “Teología y comunicación simbólica”, pp. 31-55; Ángel Cordovilla, *El ejercicio de la teología*, Sígueme, Salamanca 2007, pp. 11-39.

2 Sobre la cientificidad de la teología, véase René Latourelle, *Teología, ciencia de la salvación*, Sígueme, Salamanca 1974; Joseph Ratzinger, *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*, Herder, Barcelona 1985, pp. 388-399. El Magisterio ha señalado el carácter científico de la teología en la Instrucción sobre la vocación eclesial del teólogo, *Donum veritatis* (1990), emitida por la Congregación para la Doctrina de la Fe, n. 9.

origen a la Universidad, podrá mostrarnos lo que es su identidad y su naturaleza, ayudándonos al mismo tiempo a ver cuál es el papel que la teología ha jugado y debe seguir jugando en la vida de la institución universitaria.

ORIGEN HISTÓRICO DE LA UNIVERSIDAD

Más allá de divergencias en cuestiones de detalle, es común en los historiadores la afirmación de que la Universidad nace a partir de la acción de la Iglesia, en la llamada Edad Media, etapa histórica que, curiosamente, no es la época de barbarie que algunos imaginan y pregonan. Tanto a nivel científico y técnico como a nivel cultural, el Medioevo cristiano fue un momento muy especial que, ciertamente, contrasta con la barbarie y el estancamiento de momentos precedentes y que tuvo en la Iglesia un puntal en la conservación y el desarrollo del saber³.

Es la Iglesia la que, entre los siglos IX y XII —salvado el bache que constituye el llamado “Siglo de Hierro”— comienza a organizar la enseñanza a partir de lugares referenciales: el palacio real, las abadías y monasterios, la catedral del obispo. Surgen así las escuelas palatinas, abaciales o monásticas y catedralicias, respectivamente. Parecen ser estas últimas las que, mejor organizadas y cuidadas, adquieren cierta preeminencia y se convierten en modelos de educación superior. Destaca particularmente en el siglo XI la Escuela catedralicia de Chartres, donde se enseñaba entre otras cosas derecho y teología, pero rápidamente fue sobrepasada por la Escuela de París. En esta última, que en realidad junta diversas escuelas, tanto abaciales como catedralicias, se ha de generar el núcleo de lo que sería la más famosa Universidad del Medioevo cristiano y seguramente una de las primeras. Agrupada inicialmente en torno a la Escuela catedralicia de Notre Dame y las abaciales de Santa Genoveva y San Víctor, pronto comienza a extenderse hacia la deshabitada orilla izquierda del Sena donde los alumnos y profesores habilitan casas para vivir y lugares para recibir clases. En este proceso de alumnos que siguen a un célebre

³ Sobre el papel de la Iglesia en la Edad Media en lo referente a la conservación de la cultura y de la ciencia, puede verse José María Riaza Morales, S.I., *La Iglesia en la historia de la ciencia*, B.A.C., Madrid 1999, pp. 18-26. En lo que se refiere a los aportes que los hombres de Iglesia ofrecieron al desarrollo científico, véase allí mismo, pp. 55-72.

maestro, y en el de los maestros que buscan un espacio de enseñanza va surgiendo la institución universitaria, aproximadamente a fines del siglo XII y comienzos del siglo XIII.

Pero este proceso no es anárquico. Los alumnos vienen de todos los lugares de Europa, y necesitan un grado (bachiller, maestro o doctor) que sea reconocido en todas partes. Por eso, se buscó el reconocimiento y respaldo de quien en ese momento era la autoridad universal: el Papa. En efecto, los reyes y emperadores acuden al Sumo Pontífice para que valide las universidades que iban surgiendo, y el Papa, de muy buen grado, concedía a los obispos de aquellos lugares donde había universidades su reconocimiento, aprobación y protección. Esto es lo que ocurre particularmente con la Universidad de París.

«Parece ser que en esta labor de organización, las circunstancias favorables que ofrecían tanto el medio como la buena disposición de los reyes de Francia no jugaron más que un papel secundario; el verdadero fundador de la Universidad de París fue Inocencio III; y los que aseguraron su desarrollo ulterior, dirigiéndolo y orientándolo, fueron los sucesores de Inocencio III, particularmente Gregorio IX»⁴.

Y el mismo proceso que se da en el origen de la Universidad de París se repite en las renombradas y muy antiguas universidades de Bolonia, Salerno y Oxford⁵.

La Universidad surge de la asociación corporativa de maestros y alumnos, y en ese aspecto es una típica creación medieval⁶. Tanto

4 Étienne Gilson, *La filosofía en la Edad Media. Desde los orígenes patrísticos hasta el fin del siglo XIV*, 2ª ed., Gredos, Madrid 1985, p. 367.

5 Parece que la Universidad de Bolonia es más antigua que la de París, si bien en aquella se enseñaba únicamente Derecho. Oxford, que también posee una gran antigüedad, surge en el siglo XII a partir de la Escuela abacial de Oseney y de la Escuela conventual agustina de Santa Frideswyre, pero recibe en 1235 su Carta Orgánica de Constitución de manos del papa Inocencio IV. Una presentación muy resumida del origen de estas universidades puede verse en Ricardo García Villoslada, *Historia de la Iglesia Católica, tomo II, Edad Media (800-1303)*, 4ª ed., Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1976, pp. 765-779. Véase también Florencio Húbeñak, "Orígenes y características de la Universidad medieval" en *Revista Universitas* n. 6 (Buenos Aires 1983), pp. 21-52; André Bride, "Universités" en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, Dir. por A. Vacant y E. Mangenot, tomo XV, Letouzey et Anè, París 1935, cols. 2230-2268.

6 «El siglo XIII es el siglo de las universidades porque es el siglo de las corporaciones [...]. Los orígenes de las corporaciones universitarias permanecen a menudo para nosotros en la misma sombra que los de las restantes corporaciones de oficios. Lentamente, a fuerza de conquistas sucesivas, según el azar de vicisitudes que les sirven para ello, se van organizando, y los estatutos, las más de las veces, no hacen más que dar, tardíamente, forma escrita a tales conquistas» (Jacques Le Goff, *Los intelectuales en la Edad Media*, 2ª ed., EUDEBA, Buenos Aires 1971, pp. 89-90).

los maestros que se unen para la enseñanza libre, defendiendo sus derechos y sus cátedras, como los alumnos que se juntan según naciones para estudiar y protegerse en un ambiente extranjero y a veces hostil, conforman una nueva realidad nunca vista hasta entonces donde lo propio de esta estructura naciente es precisamente el amor al saber y la necesidad de asociarse para el estudio y la investigación. Habría que analizar las situaciones históricas que confluyeron de manera providencial para el surgimiento de las universidades, pero de manera resumida se puede afirmar que, junto con el gran desarrollo del saber producido a partir del siglo XII, con la magnífica eclosión intelectual del siglo XIII, hay que añadir la conciencia que los miembros de la institución universitaria tenían de la necesidad de libertad para el desarrollo de sus tareas. En el momento en que las escuelas catedralicias y abaciales se van convirtiendo en universidades, el poder civil (llámese monarquía, principado o incluso simplemente la autoridad municipal) y el poder eclesiástico (los obispos, sobre todo) tratan de retener bajo su control y adecuar para sus propios fines y necesidades el potencial educativo que supone una institución que agrupa a numerosos sabios y futuros académicos. Para desarrollar sin trabas ni intromisiones sus propias tareas y cometidos, los universitarios buscan el apoyo del Papa, quien se convierte en el garante de la libertad de investigación y enseñanza en estas nuevas academias. El tan conocido tema de la libertad de investigación, así como el de la “autonomía universitaria” está, pues, muy vinculado a la necesidad de investigar y buscar la verdad sin las trabas que supongan poderes interesados, y ha encontrado históricamente en la Iglesia —y concretamente en el Papado— su primer y principal defensor.

Teniendo como meta la búsqueda y conocimiento de la verdad, los maestros y alumnos universitarios fueron organizándose poco a poco⁷. Existía la conciencia de que la verdad buscada se refería a todo el saber, por tanto no podía dejar de abarcar todas las disciplinas conocidas por el hombre en este momento histórico⁸. Ante todo, el

⁷ Seguimos a partir de aquí las iluminadoras ideas del papa Benedicto XVI en su “Discurso para el encuentro con la Universidad La Sapienza de Roma”, que iba a pronunciarse el 17 de enero de 2008. El encuentro fue cancelado por la brutal oposición de un pequeño pero radicalizado grupo de estudiantes y profesores que se impusieron a la fuerza. Puede verse el texto completo en *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española del 25 de enero de 2008, n. 4 (2039), pp. 5-6.

⁸ «Creo que se puede decir que el verdadero e íntimo origen de la universidad está en el afán de conocimiento que es propio del hombre. Quiere saber qué es todo lo que le rodea. Quiere la verdad» (Benedicto XVI, “Discurso a la Universidad La Sapienza de Roma”, art. cit., p. 5).

ser humano se halla en el mundo como una unidad constitutiva de cuerpo, alma y espíritu. Por tanto, el estudio del cuerpo humano y los medios para curarlo en caso de enfermedad, configuran una disciplina académica que trata de responder a la verdad sobre el hombre en su dimensión física. La medicina encuentra, así, un lugar en la Universidad precisamente por su carácter de comprensión racional del hombre y de sus problemas, en este caso, físicos:

«En la teología medieval hubo una discusión a fondo sobre la relación entre teoría y praxis, sobre la correcta relación entre conocer y obrar, una disputa que aquí no podemos desarrollar. De hecho, la universidad medieval, con sus cuatro Facultades, presenta esta correlación. Comencemos por la Facultad que, según la concepción de entonces, era la cuarta: la de medicina. Aunque era considerada más como “arte” que como ciencia, sin embargo su inserción en el cosmos de la *universitas* significaba claramente que se la situaba en el ámbito de la racionalidad, que el arte de curar estaba bajo la guía de la razón, liberándola del ámbito de la magia. Curar es una tarea que requiere cada vez más simplemente de la razón, pero precisamente por eso necesita la conexión entre saber y poder, necesita pertenecer a la esfera de la *ratio*»⁹.

Pero el saber humano no se detiene en la sola consideración de la corporalidad y la salud. El hombre es también un ser social y por eso es propio de la reflexión intelectual en su más alto nivel preguntarse por las relaciones que han de darse entre los seres humanos y por las normas que regulan estas relaciones. Así, el derecho se presenta como un saber propio de la Universidad, una disciplina que está fundada en la praxis social de los hombres y se dirige a orientarla, buscando que esta se guíe por criterios de justicia.

«En la Facultad de derecho se plantea inevitablemente la cuestión de la relación entre praxis y teoría, entre conocimiento y obrar. Se trata de dar su justa forma a la libertad humana, que es siempre libertad en la comunión recíproca: el derecho es el presupuesto de la libertad, no su antagonista»¹⁰.

⁹ Benedicto XVI, art. cit., p. 6.

¹⁰ Lug. cit.

Pero hablar de derecho implica diversos presupuestos que exigen una clarificación precisa, fundada en la razón crítica. Es verdad que la justicia es un bien para todo hombre, pero ¿qué es el bien? Si el derecho lleva a la existencia plena del ser humano, ¿en qué consiste esa plenitud? Por otra parte, está el tan mentado tema del fundamento de los derechos: ¿basta la mayoría o el consenso para afirmar los derechos de las personas? ¿Podría tal vez caerse en el abuso de un grupo que impone sus puntos de vista sobre una minoría (o a veces mayoría) indefensa? Resulta imprescindible, entonces, que el derecho tenga la ayuda y la orientación que le proponen otras disciplinas. Encontramos aquí el cometido de la filosofía y de la teología:

«Resulta evidente que, en la búsqueda del derecho de la libertad, de la verdad de la justa convivencia, se debe escuchar a instancias diferentes de los partidos y de los grupos de interés, sin que ello implique en modo alguno querer restarles importancia. Así volvemos a la estructura de la universidad medieval. Juntamente con la Facultad de derecho estaban las Facultades de filosofía y de teología, a las que se encomendaba la búsqueda sobre el ser del hombre en su totalidad y, con ello, la tarea de mantener despierta la sensibilidad por la verdad»¹¹.

La aparición de la Universidad, hacia los siglos XII y XIII, en un nuevo contexto ha formalizado el posicionamiento de la filosofía como disciplina autónoma, aunque estrechamente ligada a la teología.

Ciertamente, filosofía y teología no son lo mismo y conviene hacer una clara distinción. En la Universidad medieval, la así llamada Facultad de “Artes” corresponde a la filosofía y su estudio riguroso. A la filosofía le toca precisar, mediante el poderoso recurso de la razón especulativa, la naturaleza y el sentido de las cosas y su existencia, los últimos “porqués” cuya respuesta fundamenta la vida y marca las orientaciones éticas de nuestro vivir. Recurriendo a una explicación

¹¹ Lug. cit.

clásica, hay que decir que la filosofía se ocupa de todas las cosas, pero no a nivel de causas segundas (como las disciplinas particulares al estilo de la física, la química, la biología, etc.) sino tratando de situarse al nivel de las causas primeras¹². Y en ello se descubría la capacidad de la razón para remontarse más allá de lo inmediato y alcanzar la verdad, que permite no solo comprender el último “qué” de la realidad, sino también su “para qué”. Pero —es necesario subrayarlo— no es la filosofía una respuesta que se identifica con la teología, sino que se distingue de ella:

«Históricamente, es mérito de Santo Tomás de Aquino —ante la diferente respuesta de los Padres a causa de su contexto histórico— el haber puesto de manifiesto la autonomía de la filosofía y, con ello, el derecho y la responsabilidad propios de la razón que se interroga basándose en sus propias fuerzas. Los Padres, diferenciándose de las filosofías neoplatónicas, en las que la religión y la filosofía estaban unidas de manera inseparable, habían presentado la fe como verdadera filosofía, subrayando también que esta fe corresponde a las exigencias de la razón que busca la verdad; que la fe es el “sí” a la verdad con respecto a las religiones míticas, que se habían convertido en mera costumbre»¹³.

La aparición de la Universidad, hacia los siglos XII y XIII, en un nuevo contexto ha formalizado el posicionamiento de la filosofía como disciplina autónoma, aunque estrechamente ligada a la teología. Esto es tanto más sorprendente cuanto que en el momento en que aparece la institución universitaria, la única religión predominante en Occidente era el cristianismo, y en el plano de la mera posibilidad fáctica, nada hubiese impedido la fusión entre filosofía y teología:

«En el momento del nacimiento de la universidad en Occidente ya no existían esas religiones (míticas), sino sólo el cristianismo; por eso, era necesario subrayar de modo nuevo la responsabilidad propia de la razón, que no queda absorbida por la fe. A Santo Tomás le tocó vivir en un momento

12 Sobre esta temática, el filósofo alemán Josef Pieper ha escrito numerosas contribuciones, de las que podemos mencionar su libro *Defensa de la filosofía*, Barcelona; Herder 1982, y su conocido artículo “La verdad de las cosas, concepto olvidado”. En: *Revista Universitas*, vol. VII, n. 4 (Stuttgart 1970).

13 Benedicto XVI, art. cit., p. 6.

privilegiado: por primera vez, los escritos filosóficos de Aristóteles eran accesibles en su integridad; estaban presentes las filosofías judías y árabes, como apropiaciones y continuaciones específicas de la filosofía griega. Por eso el cristianismo, en un nuevo diálogo con la razón de los demás, con quienes se venía encontrando, tuvo que luchar por su propia racionalidad. La Facultad de Filosofía que, como “Facultad de los artistas” —así se llamaba— hasta aquel momento había sido sólo propedéutica con respecto a la teología, se convirtió entonces en una verdadera Facultad, en un interlocutor autónomo de la teología y de la fe reflejada en ella»¹⁴.

Está, por último, la teología, que en el ordenamiento de la Universidad medieval se presentaba como la ciencia suprema, y cuya facultad era como la corona de la estructura universitaria institucional. La teología “corona” y culmina el saber al que aspira el ser humano, pues le permite profundizar y conocer una verdad que no es fruto de sus solas elucubraciones, sino que al provenir de Dios y de su Revelación, abre un horizonte inimaginable y con ello invita a la razón a un conocimiento novedoso y más profundo, si cabe. Bajo esta perspectiva, a la teología le toca también un papel de dirección y guía para la inteligencia humana, así como de purificación de la misma:

«La teología debe seguir sacando de un tesoro de conocimiento que ella misma no ha inventado, que siempre la supera y que, al no ser totalmente agotable mediante la reflexión, precisamente por eso siempre suscita de nuevo el pensamiento [...]. Ciertamente, mucho de lo que dicen la teología y la fe sólo se puede hacer propio dentro de la fe y, por tanto, no puede presentarse como exigencia para aquellos a quienes esta fe sigue siendo inaccesible. Al mismo tiempo, sin embargo, es verdad que el mensaje de la fe cristiana nunca es solamente una *comprehensive religious doctrine* en el sentido de Rawls, sino una fuerza purificadora para la razón misma, que la ayuda a ser más ella misma. El mensaje cristiano, en virtud de su origen, debería ser siempre un estímulo hacia la verdad y, así, una fuerza contra la presión del poder y de los intereses»¹⁵.

14 Lug. cit.

15 Lug. cit.

El ordenamiento de las facultades con las que se originó históricamente la Universidad responde a una comprensión antropológica muy puntual, que considera al hombre como ser corporal y físico (medicina), pero al mismo tiempo como un ser social por naturaleza, por tanto, necesitado de organizar sus relaciones con los demás (derecho), y también como un ser racional que con su inteligencia puede encontrar orientación y sentido para su vida (artes/filosofía). Además, el hombre es un ser teologal, que ha recibido de Dios el don de la Revelación, y profundizando en ella con su inteligencia desde la fe, puede encontrar respuesta a las preguntas decisivas sobre sí mismo y sobre Dios (teología). La base de toda esta concepción es la convicción de que el ser humano puede conocer la verdad y mediante su razón y el esfuerzo conjunto de docencia, aprendizaje e investigación es factible alcanzar el conocimiento más profundo sobre la realidad en su conjunto. Hay, pues, en la base de la Universidad una antropología, lo que podemos denominar un “humanismo cristiano”¹⁶ que, por ser amigo de la razón y de la fe, lo es también del hombre.

La base de toda esta concepción es la convicción de que el ser humano puede conocer la verdad y mediante su razón y el esfuerzo conjunto de docencia, aprendizaje e investigación es factible alcanzar el conocimiento más profundo sobre la realidad en su conjunto.

Y lo que se realizó en Europa con París, Bolonia, Salerno, Oxford y tantas otras universidades, se plasmó también en nuestra América y en nuestra patria. En efecto, la Universidad de San Marcos, una de las primeras del nuevo continente, nació bajo el patrocinio e impulso de la Iglesia¹⁷, con la misma estructura de las universidades

¹⁶ Véase Hugo Rahner, *Humanismo y teología de Occidente*, Sígueme, Salamanca 1968, sobre todo los artículos: “Humanismo occidental y teología católica”, pp. 27-60, y “¿Existe un humanismo cristiano?”, pp. 61-74.

¹⁷ Véase Luis Antonio Eguiguren, *La Universidad Nacional Mayor de San Marcos. IV Centenario de la Fundación de la Universidad Real y Pontificia y de su vigorosa continuidad histórica*, Imprenta Santa María, Lima 1950. Dice allí: «La Universidad nació en un convento, en la casa que

medievales, contando con su Facultad de Teología (la primera en ser fundada), su Facultad de Artes y posteriormente las respectivas de Derecho y Medicina. Es el mismo caso de las antiguas y beneméritas universidades de San Cristóbal de Huamanga en Ayacucho¹⁸ y San Antonio Abad, en el Cusco¹⁹, todas ellas más que centenarias. En tiempos recientes, el impulso de la Iglesia en la creación de nuevas universidades se deja ver en la fundación de la Pontificia Universidad Católica²⁰ y la Universidad San Martín de Porres²¹, por poner solo dos casos conocidos.

Todo esto que venimos señalando, y que constituye el origen de la Universidad, brindándole su peculiar modo de ser, va cambiando con el tiempo. El surgimiento de la Modernidad, a partir del siglo XIV, y sobre todo de la Ilustración, con sus acentos de subjetivismo, racionalismo e historicismo, lleva a la separación y oposición entre teología y filosofía, por una parte, y a la separación de la filosofía respecto del saber científico-empírico²² que con mucha fuerza va desarrollándose a partir de los siglos XV y XVI, y cuyo impulso —bueno es recordarlo— debe mucho a numerosos y destacados hombres de Iglesia, laicos y sacerdotes²³. Este cambio cultural, que se concretiza históricamente en el cambio de mentalidades, llevó a la configuración de una universidad donde el saber dominante es el saber científico, entendiendo por tal el que se refiere a las ciencias

ofreció Fray Tomás de San Martín, bajo la sombra de las preocupaciones de los dominicos, dirigidas a salvar su alma y las de los infieles» (p. 7). Véase también Luis Antonio Eguiguren (Dir), *Historia de la Universidad*, tomo I: La Universidad en el siglo XVI, Imprenta Santa María, Lima 1951.

18 Que fue creada por el obispo Don Cristóbal de Castilla y Zamora el 3 de julio de 1677, recibiendo la Real Cédula de Carlos II el 31 de diciembre de 1680 y la bula papal de Inocencio XI el 20 de diciembre de 1682.

19 Fundada en 1692 por el breve del papa Inocencio XII y por real cédula del rey Carlos II el 1 de junio de 1692.

20 Es fundada por el padre Jorge Dintilhac, SS.CC. en 1917, el mismo que sería su primer rector. Recibió el título de "Pontificia" en 1942.

21 Cuyos orígenes se remontan al Instituto Pro Deo fundada por el padre dominico Vicente Sánchez Valer, O.P. La Universidad en cuanto tal fue fundada el 17 de mayo de 1962.

22 Una descripción muy puntual y profunda de la Modernidad y sus alcances está en Carlos Valverde, *Génesis, estructura y crisis de la Modernidad*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1993; sobre la Ilustración, véase Francisco Leocata, *Del Iluminismo a nuestros días*, Talleres de la Obra de Don Bosco, Buenos Aires 1979. La crítica a la Ilustración, específicamente a su racionalismo y el agotamiento histórico de dicho fenómeno cultural aparece en la clásica obra de Max Horkheimer y Th. W. Adorno, *Dialéctica de la Ilustración*, 3ª ed., Trotta, Madrid 1998.

23 Dos ejemplos: Galileo (1564-1642), que es presentado como un icono de la libertad de pensamiento y de la investigación científica, era un fervientísimo católico. Nicolás Copérnico (1473-1543), astrónomo célebre por proponer la rotación de la tierra y la teoría (revolucionaria en aquel entonces) de que es la tierra la que gira alrededor del sol, era sacerdote católico.

empíricas (física, química, biología, etc.) con su metodología basada en la comprobación experimental, la verificación sensible y la formulación del resultado mediante fórmulas matemáticas. Los grandes éxitos de la ciencia desde el siglo XVIII y sus espectaculares logros en el campo de la aplicación técnica han llevado a la convicción de que es verdadero solo aquello que la ciencia considera como tal, y por lo tanto, que se admita como real todo aquello que sea científico en el sentido ya explicado²⁴. Así las cosas, la Universidad, comprendida como institución moderna que refleja estas ideas tan actuales, se ve como una institución científica, promotora y creadora de la “ciencia” en el sentido ya explicado. Un libro de propaganda de la Sorbona, la tan renombrada Universidad de París, nos ilustra al respecto:

Hay en muchos la sensación y la convicción de que la Universidad hoy atraviesa una crisis muy profunda. Más allá de las dificultades materiales y económicas por las que pasa, se percibe que no tiene un norte definido, no se ve con claridad hacia dónde se dirige.

«La antigua Universidad había sido, en su origen y durante siglos, el órgano de la escolástica y la teología. Aun después del Renacimiento, después del Humanismo, después del Cartesianismo, después de la fermentación científica del siglo XVII, había conservado fundamentalmente su sello de origen. La nueva Universidad de París es hija de la ciencia. Es una tentativa para realizar aquella concepción de los

²⁴ «Al hacer un resumen de los caminos del espíritu humano, a la luz de los actuales conocimientos históricos, observaremos que en los diversos periodos evolutivos del espíritu humano hay tres formas distintas de situarse ante la realidad: la orientación básica mágica, la metafísica y, por último, la científica (adviértase que “científico” aquí empleado está relacionado con las ciencias naturales) [...]. La limitación a los fenómenos, a lo que se ve y a lo que se puede captar es una nota característica de nuestra actitud fundamental y científica que condiciona necesariamente todo nuestro sentimiento existencial y nos asigna un lugar en lo real [...]. Los métodos de las ciencias naturales consisten justamente en que se reducen a lo que aparece. Eso nos basta. Nos permiten trabajar y crearnos así un mundo en el que podamos vivir como hombres. Con esto se ha ido formando poco a poco en la vida y en el pensamiento modernos un nuevo concepto de verdad y de realidad que, casi siempre inconscientemente, constituye el requisito indispensable de nuestro pensamiento» (Joseph Ratzinger, *Introducción al cristianismo. Lecciones sobre el Credo Apostólico*, 16ª ed., Sígueme, Salamanca 2016, p. 49).

filósofos del siglo XVIII, en particular de los Enciclopedistas, que pasó del cerebro de éstos al de los legisladores de la Revolución, según la cual todas las ciencias son solidarias y que, por consecuencia, los establecimientos donde se cultivan y enseñan deben reproducir al mismo tiempo la multiplicidad y la unidad de ellas; tanto que hoy la palabra *Universidad* parece haber cambiado de sentido y que designa la confederación de ciencias y no, como en la Edad Media, la de profesores y estudiantes»²⁵.

Un cambio de este tipo ha llevado a que se elimine la teología del ámbito universitario. La teología no se ajusta al paradigma “científico” que parece dominar en el pensamiento hodierno, por lo tanto, no pertenecería al campo que abarcan los estudios y tareas universitarias. Es una disciplina muy respetable, ciertamente, pero su lugar no está —así se piensa en general— en la Universidad. Más aún, se añade el argumento de que el saber humano se basa en la razón, y la teología pertenece propiamente al ámbito de la fe, y, por tanto, no sería un saber racional que como tal debería considerarse objeto de la enseñanza y del trabajo universitario. Abundan las “explicaciones”, pero a la larga o a la corta el resultado es el mismo: una universidad sin teología como lo más común y corriente.

¿PARA QUÉ LA TEOLOGÍA? SU LUGAR EN LA UNIVERSIDAD

No se trata, como es obvio, de repetir la historia tal como fue, ni tampoco restaurar el pasado en su originalidad. La Universidad, como toda estructura humana, ha tenido sus desarrollos y modificaciones y ello debe ser respetado. Por la misma razón, tampoco hay que prescindir de la ciencia y de sus avances, cosa que sin lugar a dudas ha traído muchos beneficios para la humanidad y con justa razón tiene su lugar en la Universidad como hoy la conocemos. Pero sí es posible volver a las fuentes de la realidad universitaria y, mirando sus orígenes, encontrar inspiración y estímulo para renovar y mejorar la situación de la Universidad.

²⁵ *Groupement des Universités et Grandes Écoles de France pour les relations avec l'Amérique Latine (Las Universidades y grandes Escuelas de Francia. Libro del estudiante americano)*, Secrétariat de la Faculté des Sciences, Sorbonne, París 1913, p. 11.

Hay en muchos la sensación y la convicción de que la Universidad hoy atraviesa una crisis muy profunda. Más allá de las dificultades materiales y económicas por las que pasa, se percibe que no tiene un norte definido, no se ve con claridad hacia dónde se dirige. La Universidad enseña y prepara profesionales, cosa que algunos consideran como “adiestramiento para el trabajo”, sea como médicos, ingenieros, abogados... pero, ¿para eso es la Universidad? ¿No sería reducirla a un mero instituto de formación superior? Por otra parte, la fragmentación del saber lleva a que las personas que estudian en la Universidad sepan muy bien (en algunas universidades, no siempre) lo que es propio de su carrera, pero ignoren prácticamente otras cosas que, sin embargo, se esperarían de alguien que ha pasado por la Universidad. Se esperaría de ella la orientación y guía del saber académico ante los problemas y situaciones complejas por las que atraviesa el país. Más de una vez se ha dicho que la Universidad es la conciencia intelectual de la nación. Pero, ¿qué orientación y liderazgo intelectual puede ofrecer una universidad cuando aparece ante los ojos de la sociedad como campo de batalla de tendencias políticas e ideológicas cuyo afán principal está en la consecución del poder político y no en el servicio a los intereses del país y de sus gentes? Por último, la consideración del “para qué” de la Universidad hoy en día pasa, en algunas de ellas, por fines no tan altruistamente intelectuales como por ejemplo la búsqueda de la verdad o el desarrollo de la investigación, sino por los más prosaicos de lucro y la generación de recursos para beneficio de sus propietarios. Da la impresión de que la universidad ha perdido el sentido de su ser y de su misión.

En este contexto, queremos señalar la importancia de la teología que puede aportar mucho para ayudar a una renovación y recuperación de la identidad de la Universidad, su sentido y misión específica. Si la Universidad nació teniendo a la teología como uno de sus elementos estructurales fundamentales, su presencia puede devolverle aquellos aspectos que la hacen ser ella misma y cuya ausencia contribuye a su crisis.

a. Precisamente, el tema de fondo en la cuestión de la crisis de la Universidad se remite al tema de la verdad. A lo largo de la exposición histórica de la primera parte, hemos señalado repetidas veces que la Universidad surge a partir de la búsqueda de la verdad por parte de maestros y alumnos, lo que presupone la confianza en poder hallarla.

Parece que en el presente esta confianza se ha perdido. Hoy en día, el agnosticismo y su aplicación fáctica, el relativismo, parecen reinar por doquier. No se puede hablar de una verdad absoluta, todas las opiniones valen lo mismo y afirmar una verdad universal sería caer en el fundamentalismo y la intolerancia, que son considerados los enemigos del modo actual de vida. Este tipo de aproximación, que es característico del pensamiento de la “postmodernidad”²⁶ ha tomado lugar en la Universidad, que no solo lo difunde, sino actúa con ese presupuesto. Pero las consecuencias son funestas para la misma Universidad:

«La pretensión de poder expresar la verdad como una realidad común y vinculante aparece como abstrusa arrogancia *medieval*. Pero quizás estén también en juego estratos más profundos del alma: La sospecha de que quizás podría existir efectivamente la verdad como dimensión cognoscible y entonces como exigencia para mí, actúa como ofensa, como peligroso ataque a la forma de vida en la que uno se ha acomodado; contra ello hay que ponerse a la defensiva con la pasión que se levanta cuando uno se siente afectado en lo más profundo de la existencia.

Pero con lo dicho todavía no está completo el panorama de los problemas. Pues hemos hablado sólo de la crisis de la filosofía, que es una crisis de la universidad y con ello una crisis de la civilización actual, por ser aquella portadora de la pregunta acerca de la verdad y acerca de la existencia del hombre»²⁷.

**Queremos señalar la importancia de la teología
que puede aportar mucho para ayudar a una
renovación y recuperación de la identidad de la
Universidad, su sentido y misión específica.**

²⁶ Un ejemplo, entre muchos, de este relativismo filosófico, lo constituye el así llamado *pensiero debole* del italiano Gianni Vattimo. Pueden verse sus obras: *El pensamiento débil* con P. A. Rovati, Cátedra, Madrid 1989; *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura postmoderna*, Cátedra, Madrid 1986.

²⁷ Joseph Ratzinger, “El pluralismo como cuestionamiento a la Iglesia y a la teología” en *Naturaleza y misión de la teología. Ensayos sobre su situación en la discusión contemporánea*, EUNSA, Navarra 2009, p. 88.

Desde otra perspectiva se enfoca la cuestión sobre la verdad. No se trata solamente de negarla a partir de una visión agnóstica o relativista. También se la reduce a partir de una visión que considera verdadero solo aquello que es comprobable por vía empírica, según el modelo de las ciencias naturales²⁸. Por lo mismo, verdadero y por tanto real será únicamente aquello que se puede medir, experimentar y verificar según el paradigma científico-natural. Pero esto asume que la razón no puede ir más allá de lo comprobable, por lo tanto, cuestiones como Dios, la religión, la felicidad, etc. o bien son negadas o sencillamente se las relega a lo particular y opinable. Nótese cómo este paradigma se le ha impuesto también a la filosofía, que ya no se plantea cuestiones de alcance metafísico, sino que por lo común se circunscribe a cosas muy concretas que no pasan de lo inmediato y empírico:

«El proceso experimentado por la filosofía ha sido diverso del de la teología. Su presencia en la universidad no ha sido discutida. Pero ese reconocimiento “oficial” de un lugar entre los saberes, ha tenido también su precio porque en cierto modo ha obligado a la filosofía a evolucionar con la propia universidad. Al debilitarse en ésta el interés por la verdad y la sabiduría —¡el ideal de la *universitas!*— y al centrarse cada vez más en lo útil y lo productivo, la filosofía se ha visto invitada a desembarazarse de la metafísica —es decir, de la dedicación a la palpitante verdad de las cosas, de la sensibilidad e interés por la verdad y el bien— para centrarse en cuestiones históricas y metodológicas. [...] El campo de estudio de esta nueva “filosofía” es lo relacionado con la ciencia, con las aplicaciones al estudio de la naturaleza y de la sociedad y, como mucho, con los límites matemáticos del conocimiento. Pero al ocuparse de cuestiones fronterizas con otros campos del saber, no parece exagerado preguntarse cuánto tiempo le queda todavía a la filosofía en las universidades»²⁹.

²⁸ Véase lo indicado en la cita correspondiente a la nota 24.

²⁹ César Izquierdo, “La circularidad entre filosofía y teología: *Fides et ratio* 73” en Revista Scripta Theologica, vol. XLI (Pamplona 2009), p. 460.

La teología, en cuanto disciplina que reflexiona con la máxima rigurosidad y racionalidad sobre Dios y su revelación, remite a la Verdad Absoluta que fundamenta toda la verdad que el hombre en cierto modo conoce y vive.

Es aquí donde podemos encontrar un papel importante para la teología dentro de la Universidad y los estudios universitarios. Pues la teología, en cuanto disciplina que reflexiona con la máxima rigurosidad y racionalidad sobre Dios y su revelación, remite a la Verdad Absoluta que fundamenta toda la verdad que el hombre en cierto modo conoce y vive. Recogiendo las propuestas del papa Benedicto XVI en sus pronunciamientos magisteriales recientes³⁰, la Iglesia invita a un conocimiento de la Verdad que vaya más allá de lo que la mera razón empírico-práctica de hoy puede alcanzar y ofrecer. Para ello, junto con la razón es necesaria la fe. Pero no meramente la fe sencilla —con todo el valor que tiene— sino aquella que reflexionando críticamente y satisfaciendo las exigencias del pensamiento en sus más altas instancias (vale decir, en el ámbito universitario) busca respuestas y aplicaciones a las preguntas por la verdad. Y esto es la teología. No considerar la participación que la fe y la teología puedan tener en la búsqueda y consecución de la verdad lleva a vivir en la irrealidad, cosa que desgraciadamente ha traído muchos sufrimientos a los seres humanos, como la historia reciente puede constatar:

«Ante la prioridad de la fe en Cristo y de la vida “en Él” [...] podría surgir también otra cuestión: Esta prioridad, ¿no podría ser acaso una fuga hacia el intimismo, hacia el individualismo religioso, un abandono de la realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos de América Latina y del mundo, y una fuga de la realidad hacia un mundo espiritual?»

³⁰ Por ejemplo, el discurso “Fe, razón y Universidad. Recuerdos y reflexiones” pronunciado en la Universidad de Ratisbona el 12 de septiembre de 2006, en el viaje apostólico del Santo Padre a Alemania del 9 al 14 de septiembre de 2006, y también el discurso pronunciado ante la Asamblea Nacional Italiana reunida en Verona el 19 de octubre de 2006, además del ya mencionado y citado discurso que iba a pronunciarse en la Universidad La Sapienza de Roma en enero de 2008. Un excelente análisis de estos temas está en Ángel Cordovilla, S.I., “Por una razón abierta y una fe iluminada. Benedicto XVI entre la Universidad de Ratisbona y la Universidad de La Sapienza” en Revista Estudios Eclesiásticos, vol. 83 (Madrid 2008), pp. 399-424.

Como primer paso podemos responder a esta pregunta con otra: ¿qué es esta “realidad”? ¿Qué es lo real? ¿Son “realidad” sólo los bienes materiales, los problemas sociales, económicos y políticos? Aquí está precisamente el gran error de las tendencias dominantes en el último siglo, error destructivo, como demuestran los resultados tanto de los sistemas marxistas como incluso de los capitalistas. Falsifican el concepto de realidad con la amputación de la realidad fundante y por esto decisiva, que es Dios. Quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el concepto de “realidad” y, en consecuencia, sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas.

La primera afirmación fundamental es, pues, la siguiente: Sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano. La verdad de esta tesis resulta evidente ante el fracaso de todos los sistemas que ponen a Dios entre paréntesis»³¹.

b. Otro motivo que hace necesaria la presencia de la teología en la Universidad es el que se refiere a la universalidad del saber. Quien estudia en la Universidad está llamado a tener un conocimiento amplio de toda la realidad cultural, y ¿quién duda que lo religioso sea parte integrante e importante de la realidad que nos rodea? Precisamente, la fragmentación del saber que dio paso a que el alumno universitario se dedique nada más que al estudio de su carrera y de lo que a ella concierne, olvidándose de todo lo demás o poniéndolo en un plano muy secundario, es algo negativo que lleva a Ortega y Gasset a afirmar que este tipo de aproximación produce nuevos “bárbaros” en una época supuestamente tan avanzada como la nuestra:

«Comparada con la medieval, la Universidad contemporánea ha complicado enormemente la enseñanza profesional que aquélla en germen proporcionaba, y ha añadido la investigación quitando casi por completo la enseñanza o transmisión de la cultura.

Esto ha sido, evidentemente, una atrocidad. Funestas consecuencias de ello que ahora paga Europa. El carácter catastrófico de la situación presente europea se debe a que el inglés medio, el francés medio, el alemán medio son *incultos*,

31 Benedicto XVI, “Discurso inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida (Brasil)”, 13 de mayo de 2007, n. 3.

no poseen el sistema vital de ideas sobre el mundo y el hombre correspondientes al tiempo. Este personaje medio es el *nuevo bárbaro*, retrasado con respecto a su época, arcaico y primitivo en comparación con la terrible actualidad y fecha de sus problemas. Este nuevo bárbaro es principalmente el profesional, más sabio que nunca, pero más inculto también —el ingeniero, el médico, el abogado, el científico—.

De esa barbarie inesperada, de ese esencial y trágico anacronismo tienen la culpa, sobre todo, las pretenciosas universidades del siglo XIX, las de todos los países, y si aquélla, en el frenesí de una revolución, las arrasase, les faltaría la última razón para quejarse»³².

La universalidad del saber exige, pues, el conocimiento de lo religioso no solo en sus manifestaciones externas, sino también en la comprensión precisa de sus contenidos, y allí es donde entra la teología. Una universidad sin teología no puede pretender la universalidad del conocimiento, ya que este quedaría amputado de una de sus dimensiones, y ciertamente no de las menos importantes.

Pero hay otro motivo para considerar a la teología dentro de este saber universal, y es el que se refiere a la cuestión cultural. Es sabido que la religión y la fe son dimensiones constitutivas de la cultura³³, y en el caso del Perú nadie podrá negar que la fe católica ha sido —y es— uno de los elementos que han configurado nuestra identidad cultural. En ese sentido, la Universidad necesita de la teología para comprender mejor nuestra cultura y así responder a los problemas que produce el desconocimiento de la propia realidad nacional:

«La Nación peruana no es concebible sin su tradición cristiana. Ésta le dio su modo característico de comprender la persona humana y su destino trascendente; sus relaciones con la sociedad, la familia, el trabajo, derechos, libertad, responsabilidad [...]. En consecuencia, la recuperación de la sociedad postula no sólo una antropología, requiere también una ética del valor y de la libertad; y una Teología que le

32 José Ortega y Gasset, "Misión de la Universidad" en *Obras Completas*, tomo IV, Alianza Editorial, Madrid 1983, p. 323.

33 Véase Documento de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla (1979), nn. 386-389, sobre todo el n. 389: «Lo esencial de la cultura está constituido por la actitud con que un pueblo afirma o niega una vinculación religiosa con Dios, por los valores o desvalores religiosos».

clarifique su dimensión divina, que le haga comprensibles e inviolables de sus derechos humanos naturales, comenzando por el más básico, la vida»³⁴.

Hablando a los profesores universitarios, el papa Benedicto XVI pide que las universidades sean “verdaderos laboratorios de cultura” donde todas las disciplinas tengan su lugar, en la configuración de un saber que sea al mismo tiempo universal y auténticamente humano. Para esto es también fundamental el concurso de la teología:

«Queridos amigos, espero que las universidades se conviertan cada vez más en comunidades comprometidas en la búsqueda incansable de la verdad, en “laboratorios de cultura” donde profesores y alumnos se unan para investigar cuestiones de particular importancia para la sociedad, empleando métodos interdisciplinarios y contando con la colaboración de los teólogos»³⁵.

c. En la Universidad, la teología está llamada a ejercer un papel orientador. A ella —la teología— le toca ofrecer el sentido último y definitivo de todo lo que es y de lo que se hace. Muestra no solo la dimensión ética y moral de la acción humana y de sus creaciones, sino la razón última de la existencia, que es trascendente al ser humano. En un ambiente cultural como el que nos ha tocado vivir, la ausencia de un sentido que oriente la existencia es algo patente y claro, y por ello no sorprende que, ante tal carencia, el saber científico haya querido asumir el papel de guía. Pero la ciencia —sobre todo aquella que se identifica con el paradigma empírico-naturalista— por su misma naturaleza no se sitúa en el plano de las causas últimas, siempre trabaja a nivel de causas segundas. Por ello, mal podría hacer de orientadora de la existencia. Cuando la ciencia (en el sentido que estamos hablando) asume un papel orientador, se rige no por la lógica de lo que es bueno o malo, sino de lo que se puede o no se puede alcanzar. La lógica de la ciencia es la de la fuerza, y esto se ha traducido en diversas visiones ideologizadas (cientificismos) que pasan por encima del ser humano y su dignidad. Pues bien, esta

34 Francisco Interdonato, S.J., “Consideraciones marginales sobre el sentido de la Teología en la Universidad en general y en la Facultad de Derecho en particular” en *Ensayos de teología aplicada*, Centro de Proyección Cristiana, Lima 1991, p. 286.

35 Benedicto XVI, “Discurso en el Encuentro con los profesores universitarios de Europa”, 23 de junio de 2007.

orientación específica que la ciencia en cuanto tal no puede dar, la ofrece la teología, no desde una posición superior y aislada, sino en conexión y diálogo con los otros tipos de saber que encontramos en la Universidad:

«Las verdades sobre el hombre, su dignidad, el valor y sentido de la vida, han sido comprometidos porque se ha transformado en separación lo que solo era distinción entre lo divino, moral y religioso, por una parte, y lo humano, social y político por otra. Esta separación debe restañarse en la Universidad, y un medio (no el único) es el encuentro de la teología con el saber y las ciencias profanas. La recuperación del interés primordial en el problema de la Verdad. Esta debe preservar al hombre de ser presa de la mera opinión, de las ideologías reduccionistas y de los mitos»³⁶.

Tales son, a nuestro entender, algunas razones por las cuales la teología debe tener un lugar en la Universidad, y el aporte que ella —la teología— podría dar en orden a una formación más elevada, más humana y más excelente en el plano académico, profesional y cultural. No se trata solo de un asunto de preferencia confesional. La misma historia de la Universidad nos muestra que en su origen la teología tenía un sitio propio, y su pérdida no ha sido beneficiosa para la Universidad, todo lo contrario.

La lógica de la ciencia es la de la fuerza, y esto se ha traducido en diversas visiones ideologizadas (cientificismos) que pasan por encima del ser humano y su dignidad. Pues bien, esta orientación específica que la ciencia en cuanto tal no puede dar, la ofrece la teología, no desde una posición superior y aislada, sino en conexión y diálogo con los otros tipos de saber que encontramos en la Universidad.

³⁶ Francisco Interdonato, art. cit., p. 286.